

rez o su afirmación de que los insubribles «pequeños poemas» de Campoamor «son de lo mejor que se ha escrito en lo que va de siglo» —¡Espronceda, Rivas, Bécquer, Rosalía...!—, a lo que añade un elogio de «El tren expreso», que suscribiría sin dificultad mi padre. Claro que en ese revoloteo estimativo de «Clarín» hay revueltas en que se recomponen muchos de estos juicios y aclaran nuestra perplejidad, como puede verse en el mismo varapalo que aplica al «prosaísmo poético» de Campoamor.

La otra impresión es la que nos produce ya el temario del libro, cuya nómina de clásicos y obras resulta imponente si se considera que todo ello se produce en menos de diez años. Al instinto de «Clarín» no escapó en su día la envergadura de este resurgimiento, sobre todo de la novela, cuyo alcance sabe estimar como un verdadero sociólogo del conocimiento y de la literatura. Lo prueba su «explicación» del fenómeno como una consecuencia de la revolución del 68, que, aun fracasada en el plano de las instituciones, dejó abonado el yermo espíritu-cultural del país en sus críticas ocasionales sobre los «maestros», en sus alusiones al naturalismo y a la influencia de Zola y, especialmente, en el artículo «El libre examen y nuestra literatura presente», «Clarín» descubre temas tan decisivos como la dependencia entre cultura y libertad o el sentido exacto de la implicación burguesa-realismo. Con razón ha podido escribir Tuñón que «Clarín», como el Galdós de la primera época, expresa la escala de valores de una burguesía que pugna por tomar hegemonía en las riendas del país». De ahí precisamente su perfecta orientación crítica y su «realismo». Y de ahí también sus «limitaciones», el anacronismo de una parte de su estimativa considerada a casi un siglo de distancia: el desfase, el error de perspectiva es nuestro. Quizá una de las tareas más apasionante para una sociología de la literatura española consistiría en buscar la explicación al referido resurgimiento cultural, tal como se ha hecho, por ejemplo, con el 98. Pero uno cree en todo caso



UNA FALSA HISTORIA

No es la primera vez que Max Aub se inventa, con la seriedad de un historiador, personajes o circunstancias inexistentes, levantadas como una trampa para las almas cándidas y como un motivo de diversión para cuantos están en el secreto. Esta vez estamos ante un discurso leído por Max Aub, nada menos que con motivo de su recepción en la Academia Española el 12 de diciembre de 1956. Titulará el discurso "El teatro español sacado a la luz de las tinieblas de nuestro tiempo" (Tipografía de Archivos, Olózaga, 1. Madrid), seguido de una imaginaria contestación de Juan Chabás y Martí, donde se habla de un Max Aub largos años dedicado a la dirección del Teatro Nacional.

El punto de partida consiste en suponer que no hubo ninguna guerra civil, en que los Lorca, los Alberti, los Hernández, los Bergamín han seguido escribiendo y estrenando regularmente junto a los Buero, los Muñiz o los Sastre. Inútil decir que la fantasía permite al escritor una serie de travesuras que nunca dejan de

tener un fondo amargo, como es el caso en que se pone a inventar los títulos de las obras escritas por García Lorca después de "La casa de Bernarda Alba".

El texto tiene interés por múltiples razones. No sólo estamos ante la prosa de Aub y de una serie de opiniones suyas sobre el teatro, sino, sobre todo, ante un valioso documento del exilio y la ruptura provocados por nuestra guerra. La displicencia de Aub hacia muchos de los escritores españoles que consiguieron el éxito en las últimas décadas es el único dato explícitamente crítico; pero el capitulo en cuestión está resuelto con elegancia y brevedad. Lo que hace de este discurso un documento dramático es, justamente, lo que no se dio en él, su condición de fantasmagoría democrática.

Para curiosidad de quienes no conozcan este discurso, digamos que Max Aub se imagina sucesor de Valle-Inclán, en una Academia de la que forman parte: García Lorca, Fernández Montesinos, Jiménez Caballero, Américo Castro, Navarro Tomás, Miguel Delibes, Dámaso Alonso, José Bergamín, Ramón Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Rafael Alberti, Rafael Lapesa, Vicente Aleixandre, Gerardo Diego, Camilo José Cela, Juan José Domenchina, José Moreno Villa, Agustín Millares Carlo, Vicente Lloréns, Manuel Altolaguirre, Luis Cernuda, Ramón Sender, Pedro Sainz Rodríguez, José María Pemán, Antonio Rodríguez Moñino, Eugenio Montes, José María de Cossío, Emilio García Gómez, Melchor Fernández Almagro, Corpus Barga, Max Aub, Adolfo Salazar, Luis Felipe Vivanco, Dionisio Ridruejo, Martín Luis Guzmán, Juan Chabás, Miguel Hernández, Francisco Ayala, Claudio de la Torre, Juan Larrea, Blas de Otero, Emilio Prados, Salvador de Madariaga, Xavier Zubiri, Paulino Masip, Joaquín de Entrambasaguas, Carlos Riba, Ramón Castelao, Telesforo de Monzón. ■ J. M.

que aún tendría más interés explicar su posterior declive, desentrañando el sentido de la determinación clasista de los resultados culturales. En el caso de «Clarín», por ejemplo, habría que poner en claro cómo el desarrollo de la novela o de la crítica durante la restauración forma parte del esfuerzo de las clases medias por hacer su revolución, así como el declive inmediato responde al paralelo desencanto de las nuevas clases. Es sintomático que la Bolsa literaria sostenga una cotización equilibrada con la financiera. Auge común en el pri-

mer decenio, declive también común de 1885 en adelante. Y aún lo es más que quienes, como Galdós, no se conforman con la nostalgia y siguen en la brecha tengan que separarse progresivamente de la estrategia de su clase y desplazarse hacia la izquierda hasta ingresar en la estrategia de una clase que ya no es la suya o lo es sólo de adopción. Los «maestros» burgueses que sobrevivieron al lento desastre canovista, afeñados al remo inútil de una ilusión pasada, terminaron, sin excepción, convertidos en momias infecundas. El des-

cierto de la cultura burguesa en los últimos quince o veinte años del siglo XIX —el abandono de la estética propiamente realista— obedece a que los escritores burgueses no supieron percatarse de que la clase, como dice Tuñón, «había perdido el tren» y el «motor propulsor» era ahora el cuarto estado. Por lo menos, de momento. «Clarín» fue entre ellos el más templado intérprete de aquellos vaivenes. La muerte le sorprendió en 1901, traduciendo a Emilio Zola; eso se llama ser coherente. ■ JOSE A. GOMEZ MARIN.

Una crónica de los conversos

El largo proceso de elaboración de «Los judeoconversos en España y América», de Antonio Domínguez Ortiz, publicado ahora por Editorial Istmo, se inicia en la década de 1940. Según el propio autor explicaba en una primera redacción del trabajo, aparecida en 1955, su interés por la situación social de los conversos nació del contacto ocasional con fuentes de archivo que sugerían abiertamente la necesidad de poner en cuestión la creencia de la unidad espiritual en la España de los Habsburgo. «Aquellos pliegos marchitos —escribía, con cierta carga retórica, Domínguez Ortiz— destilaban sangre y hiel; eran gritos de seres humanos que se revolvan con odio, con ira, contra el destino que les imponía un pecado de origen en el que su voluntad no había tenido parte. Para mí, aquello era algo nuevo y desconocido; de acuerdo con las vagas y sucintas nociones que suelen correr en los manuales, creía que en la España imperial, eliminados los judíos y moriscos, se había conseguido la perfecta unidad espiritual: "Unum ovile et unus pastor"». Como resultados sucesivos de esta preocupación, nació primero un artículo, «Los cristianos nuevos, aparecido en 1949 en la revista de la Universidad de Granada; más tarde, el libro *La clase social de los conversos en Castilla en la Edad Moderna*, publicado en 1955 por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y, por último, el estudio que ahora comentamos, enriquecido, por una parte, por nuevas búsquedas del autor y con la extensa bibliografía aparecida sobre el tema en los últimos quince años, y mutilado por otra, ante exigencias editoriales, de los valiosos apéndices documentales que sobre los estatutos de limpieza de sangre incluía el trabajo de 1955. «Los judeoconversos...», de Domínguez Ortiz, es una crónica, sucinta y rigurosa, de la intransigencia religiosa y racial en la España moderna. La cuestión conversos tuvo su origen en las conversiones forzadas que determinaron las matanzas de judíos de la se-

gunda mitad del siglo XIV, generando un doble conflicto: entre cristianos y conversos por una parte y entre los segundos y los fieles a la religión mosaica por otra. Sólo un año después de las conversiones masivas de 1391 tuvo ya la Corona que intervenir en favor de los hispano-hebreos apremiados por los nuevos cristianos; en el siglo siguiente, entre conversos se reclutarán los más radicales teóricos del antijudaísmo. El hecho diferencial judío, sustentado en una base religiosa y económico-profesional, configuró, en sus dos variantes, la imagen de una discriminación racial cuyos puntos de apoyo, según los testimonios que recoge Domínguez Ortiz, no difieren de otras formulaciones del antisemitismo (así, en la visión de Andrés Bernaldez, cura de un pueblo sevillano con fuerte población conversa, los nuevos cristianos se caracterizarían por su hipocresía, por el apego a las riquezas, por su inclinación a la corrupción sexual, por no trabajar el campo y por guisar con aceite y no con grasa). En semejante coyuntura, surge en 1449, en Toledo, un primer «estatuto» de exclusión de los judeoconversos de todo cargo municipal. Las medidas antihebreas adoptadas a fines del XVI sólo sirvieron para agravar el problema: «El establecimiento de la Inquisición, el edicto de expulsión de los judíos y el que poco después (1501) puso en el dilema de bautizarse o exiliarse a los musulmanes de Granada y de Castilla, implantaron oficialmente la unidad religiosa, sin que por eso se pusiera fin al problema de los falsos conversos. Por el contrario, los hubo desde entonces en mayor cantidad que antes, pues nadie se hacía muchas ilusiones sobre la sinceridad de aquellas conversiones forzadas». Estaban sentadas las bases de la discriminación racial, cuya normativización correspondería, en la segunda mitad del XVI, a los estatutos de limpieza de sangre, para establecer los cuales en nada estorbaría la sinceridad religiosa de la gran mayoría del grupo converso. «La limpieza de sangre —precisa Domínguez Ortiz— no consistía en tener una ascendencia noble. Limpieza y no-

bleza eran conceptos muy distintos. La sangre limpia se reconocía a quienes tenían antepasados cristianos; quienes tuvieron un antepasado judío o musulmán, por lejano que fuese, quedaban motejados de conversos, confesos, marranos o cristianos nuevos, nombres todos que se aplicaban a quienes tenían **sangre infecta**. Ningún estigma social era más terrible que éste; su agravación, a partir de la relativa tolerancia que aún reinaba en el siglo XV, corresponde a dos hechos: el establecimiento de la Inquisición y el de los estatutos de limpieza».

La vigencia de los estatutos, con la discriminación consiguiente, se extendió más allá de la supervivencia del propio grupo judeoconverso, contra el que la última oleada represiva correspondió a la década de 1720. No hacía mucho que en el proceso seguido por la Inquisición contra Melchor de Macanaz, según muestra la ejemplar investigación biográfica de Carmen Martín Gaité, se rastreó sin éxito por los acusadores la posible ascendencia judía del fiscal, concluyéndose entonces que, si bien indemostrable, podía inferirse de la maldad de sus hechos. Aun reducido a tema marginal, el problema de la discriminación pervive en pleno siglo ilustrado.

En su brevedad, **Los judeoconversos en España y América** es, pues, una muestra más de la importancia de la obra de Domínguez Ortiz para el conocimiento de la sociedad española del antiguo régimen y una nueva ocasión de lamentar su marginación, creemos que involuntaria, respecto a la enseñanza histórica en nuestra Universidad. ■
ANTONIO ELORZA.

El escándalo Solzhenitsin

*Ensalada de los Zares.
El faro de Consfjat.
Postr: Su Majestad Nicolás II.
Vodka siberiano.
Vino dacha.*

En un barcelonés restaurante ruso (según la propaganda algo tuvo que ver todavía su propietario con la

En su resumen del año literario, la revista **MUNDO** destaca la antología de Blas de Otero, **PAIS**, como el libro de poesía más interesante de 1971; y la novela de Mario Lacruz, **EL AYUDANTE DEL VERDUGO**, como una de las dos novelas que vale la pena comentar.

PAIS, por Blas de Otero *Antología de José Luis Cano.*
(«Selecciones de Poesía Española», 100 ptas.)

«Para quienes conozcan la obra de Blas de Otero, sin duda el poeta de más extensión y profundidad de su tiempo — que continúa siendo el nuestro —, estos poemas, enarizados de modo tan singular tienen la virtud de descubrirle en su extensión más aguda, en su actitud más apasionada, en su comportamiento más leal... La colección «Selecciones de Poesía Española» se anota un importante punto en su acreditada función o misión de echar libros al mundo.» (Victoriano Crémer, en PROA.)

EL AYUDANTE DEL VERDUGO, por Mario Lacruz
(«Novelistas del Día», 165 ptas.)

«Una obra acabada. Disiente de las corrientes dominantes y puede representar, para el futuro, una nueva opción.» (A. Miguez, en MADRID.) «Un divertido y a ratos grotesco relato, narrado con agilidad y linealidad.» (B. Porcel, en LA VANGUARDIA.) «Cuadro implacable, pintado con sencillez y naturalidad.» (R. Vázquez Zamora, en DESTINO.) «Me he leído la novela en tres sentadas. Es un retrato apasionante de la España de la posguerra acá, su radiografía o su estatu quo.» (F. Candel, en TELE/EXPRES.) «Una obra de tensión. Un trabajo explosivo.» (Illescas, en EL NORTE DE CASTILLA.)

Son libros de PLAZA & JANES

NOVEDADES

MOIRA ESTUVO AQUI, por Jesús Torbado
(«Novelistas del Día», 200 ptas.)

Maira es una muchacha demasiado hermosa y pura para ser verdadera. Pero su existencia es evidente para cuantos han decidido luchar contra la sociedad tecnócrata, fría y descorazonada que hoy se nos impone. En esta novela se cuenta cómo un hombre supo que Maira existía y cómo se puso a buscarla. Por el autor de «Las corrupciones», Premio Alfaguara.

TIERRAS DEL EBRO, por Sebastián Juan Arbó
(«Obras Perennes», 250 ptas.)

Objeto de numerosas ediciones en España, y traducida a las principales lenguas europeas, ésta es, probablemente, la más importante novela de Arbó: evocación de la vida de los campesinos en las riberas bajas del Ebro, con un vigor de pluma y un aliento trágico que hacen de ella una novela auténticamente «perenne».

LA LEY DE PRENSA, A DEBATE, por Manuel Fernández Areal
(«Testigos de España», 225 ptas.)

Fernández Areal, uno de nuestros más relevantes periodistas, está llevando a cabo una interesante obra de meditador de la realidad periodística española. En este libro saca conclusiones lo mismo del propio meditar que del parecer de ilustres colegas consultados; conclusiones que interesan a todo lector.

EN EDICIÓN DE BOLSILLO

EN ASIA SE MUERE BAJO LAS ESTRELLAS, por José M. Gironella
(«El Arca de Papel», 100 ptas.)

Libro de viajes en la línea de «La vuelta al mundo de un novelista» de Blasco Ibáñez, el autor de **CONDENADOS A VIVIR** lleva de la mano al lector en su recorrido por ocho países (Tailandia, Vietnam, Formosa, Filipinas, Hong Kong, Macao, Camboya y la India) combinando con armonía el dato informativo con la poesía, la descripción de tipos con las costumbres e ideologías.

HISTORIAS DE VALCANILLO, por Tomás Salvador («Reno», 50 ptas.)

Esta primera obra de Tomás Salvador quedó finalista en el Premio Nadal correspondiente al año 1951, antes de que su autor obtuviera otros galardones literarios. Pero la originalidad y fantasía, las dotes de observador y de narrador del novelista campear ya en estas páginas que nos presentan las alegrías y miserias de un pueblo castellano, gozadas y sufridas por sus habitantes.

CARTA DE AYER, por Luis Romero («Reno», 50 ptas.)

La novela de un amor entre un joven y una mujer que le aventaja largamente en edad; situación que, a su vez, se repite en un libro que está escribiendo el propio protagonista. Esta interferencia de la invención en la vida, y el carácter absorbente y atormentado de la relación amorosa, están tratados con maestría por el autor de «La noria», uno de los escritores españoles con voz más personal.

POR QUÉ PERDIMOS LA GUERRA, Carlos Rojas («Documento», 50 ptas.)

Hablan las figuras destacadas de un lado de la contienda. Los políticos (Azaña, «La Pasiónaria», Largo Caballero, Prieto...), los militares y hombres de acción (Lister, Miaja, «El Campesino...») los artistas e intelectuales (Barea, Pau Casals, Miguel Hernández, Antonio Machado...) y hasta los extranjeros (Hemingway, Malraux, Neruda...). Un documento impresionante.

Son libros de PLAZA & JANES